LA ARQUITECTURA TRADICIONAL A TRAVÉS DE LOS SENTIDOS

Carmen Martínez Samper[1]

La Sierra de Albarracín alberga una Comunidad Histórica de veintitrés pequeños pueblos. Nos abre sus puertas naturales entre viejas montañas a más de mil metros sobre el nivel del mar. Este recorrido, que iniciamos, es un primer paso hacia la trastienda de la memoria donde muchos tenemos recuerdos de infancia y pequeñas historias que todavía resuenan en nuestro interior con la voz enérgica de nuestros mayores.

Hoy, estas evocaciones no tienen *presente*. La vida y la sociedad han evolucionado con la inevitable rapidez de los últimos años del siglo XX. Aún así, puedo pasear por las calles de estos pueblos entrañables y observar la arquitectura tradicional que los distingue. Es interesante replantearse el porqué de algunas fachadas con voladizos; de puertas cortadas para dar paso a los animales, a la luz y al aire. Los muros se abren con pequeñas ventanas y se cierran con sobrias rejas entorchadas. Al analizar estos y otros elementos podríamos imaginar, por un momento, cómo sería la vida cotidiana y, sin embargo, no pretendo rescatar viejas fotografías en blanco y negro, ni soy capaz de transformar todo lo visto en una imagen antigua. Las palabras de mis mayores cobran un nuevo sentido entre la sencilla cotidianidad y el aspecto de cierta pobreza que envuelve a la mayor parte de las casitas, que hoy, para sorpresa de los más viejos nos resultan tan atrayentes.

ARQUITECTURA TRADICIONAL

La arquitectura es el resultado de la evolución necesaria del propio hombre y su forma de vida. Cobija a personas y animales. Guarda en sus graneros y despensas alimentos y, en sus alrededores, la leña del hogar; ese lugar entrañable donde, al final de la jornada, se reunían las familias para narrar historias.

La arquitectura tradicional procede de manos anónimas a partir de un saber popular que se iba transmitiendo de padres a hijos como las leyendas y las tradiciones. Ha nacido y se ha ido perfeccionando como la propia experiencia, a fuerza de repetir modelos y mantener la tipología de la zona. Sus características han sido dictadas por las necesidades de uso, por ello, el resultado final responde, sobre todo, a la funcionalidad.

---

1 Licenciada en Bellas Artes.

Calomarde.

La ornamentación exterior no suele obedecer a lo estrictamente decorativo o superfluo sino que, en ella, apreciamos alusiones simbólicas de salvaguarda hacia el hogar y los que lo habitan.

La arquitectura se cimienta sobre elementos tangibles aunque coexiste con una parte intangible que prevalece sobre la materia; es su historia interior de vivencias y calor humano. Si no fuese así ¿qué interés tendría indagar en la memoria y buscar el sentido de las construcciones?

LA CASA

La casa tradicional es reflejo del propietario. En ella, en ocasiones, expone sus señas de identidad. El señorío colocaba sobre la entrada principal de las casonas su heraldo. Los sillares de piedra frente a la mampostería también eran un signo distintivo reflejo de la diversidad social de los núcleos rurales.

En su interior no olvidemos las labores, el duro trabajo y el buen hacer de las mujeres que las habitaron, creando el ambiente cálido del hogar.

Creo que, por todo ello, las mujeres son protagonistas de la arquitectura. La construcción puede estar terminada pero el punto final lo aportan las mujeres, que hacían del hogar su vida. Distribuye, arropa, organiza, mantiene y ocupa el espacio para que la casa empiece a tener sentido. Es entonces cuando el espacio interior comienza a estar vivo.

LOS SENTIDOS

Este análisis se enriquece gracias a los sentidos. Es otra forma de valorar el entorno y los pueblos por los que he paseado para observar los detalles. Me permiten apreciar: el color, el olor, el tacto y, de esta forma, en ocasiones me dejo llevar por los sentimientos y pienso en sus habitantes.

Pero la arquitectura se ordena con volúmenes que definen las construcciones con las múltiples tonalidades y texturas que ha propiciado el paso del tiempo junto a la intervención puntual de los propietarios. Los efectos lumínicos son cambiantes como los distintos momentos del día, mientras el paisaje se transforma con las estaciones del año o la evolución lumínica de las horas.

Muros con entrantes y salientes, sombras recortadas, el vuelo de los aleros, la

impresión de ingravidez de una arquitectura que se engrandece hacia lo alto y nos presenta el "rostro ajado" de las auténticas casas tradicionales; marcas de yeso y cal, de añil, de piedra y de restos de ladrillo macizo. Son las páginas de su historia; la riqueza plástica que ennoblece una estética popular irrepetible.

La intimidad de cada hogar se esconde tras muros gruesos de piedra y tapial. Su cara exterior conserva la riqueza cromática del revocado y la textura cálida de la mampostería. Entre huecos recortados, el yeso rosáceo, las líneas oscuras en los entramados de madera, el blanco de la cal y el verdor de las parras en verano, hacen de las fachadas cuadros *pintados* con las pinceladas del más sencillo de los autores.

En los pueblos se respira cierto aire de semejanza, aunque existe falta de uniformidad entre las diferentes viviendas de la comunidad que nos ocupa. Sin embargo, prevalecen elementos comunes en su construcción. Los materiales son muy semejantes pero cada rincón aporta su impronta.

COEXISTENCIA Y SIMULTANEIDAD

Es así como el paisaje se entronca con la arquitectura tradicional enmarcada en el entorno natural de la sierra de la que se obtiene yeso, piedra, barro, hierro y madera. Esta amalgama establece su inequívoca complicidad con el paisaje. El hombre

Albarracín.

ejerce de nexo. Por ello, buena parte de las construcciones integran la mímesis entre el paisaje y la arquitectura.

Enumerar sensaciones es fotografiar con palabras el conjunto:

Los colores y las formas. La piedra y las montañas. Las tejas y el paisaje arcilloso. Los pinares y las puertas. Los entramados de madera son ramas que se abrazan con fuerza a las paredes de yeso rojizo, en una simbiosis con el paisaje del rodeno, el humo con las nubes de tormenta y el silencio del atardecer perceptible en los abrigos del Navazo o el cerro del Tremedal, por nombrar algunos de los numerosos parajes significativos.

En el engranaje de las construcciones y la naturaleza se ha descuidado la esencia que hoy reaparece en la búsqueda de los matices particulares de estas tierras que, sin embargo, se habían desatendido cuando se marchó una parte importante de su población. Se abandonó y se retorna como si se tratase de un ciclo natural.

Me agrada pasear por las calles de estos pueblos pequeños, que recrean un universo muy particular, en una sierra cubierta por el más limpio de los firmamentos.

Moscardón.

Nosotros, desde abajo, ponemos y quitamos los espacios habitables, los poblamos, los rompemos y rehacemos. Así, en este ir y venir de cambios y desconciertos, la vida continúa en una comunidad que siempre dicen de ella que se está muriendo.

He fotografiado muchos de sus rincones para atesorar una memoria de todo aquello que me atraía de forma especial. Así acumulé imágenes y pude ver como el paisaje rural se iba alterando así como nosotros cambiamos con el paso de los años y la acumulación de nuevas experiencias.